

L. E. Nieto Caballero

José Asunción Silva



A apasionante figura del autor del «Nocturno», bandera de Colombia desplegada a todos los vientos de la lírica, acaba de recibir un nuevo tributo en la obra, escrita con amor y con justicia, por un joven que con ella hace una entrada triunfal en la bibliografía colombiana. Alberto Miramón, cuidadoso investigador, enamorado de nuestras glorias, de abundantes y sólidas lecturas, que ya había mostrado las primicias de su estilo y de su juicio en dos ensayos de substancia acerca de Luis Vargas Tejada y de Julio Arboleda, poetas y hombres de vida agitada y romántica, emprendió el trabajo, de mayor aliento, sobre la vida de José Asunción Silva, muy poco tiempo después de haber cumplido la mayor edad, estupenda indicación de la fuerza mental de que dispone y a la que sin duda reserva el porvenir victorias resonantes.

Más que el artista, por tantos críticos del mundo juzgado con ventaja, le ha interesado para su libro el hombre. La herencia, el ambiente, las costumbres, las

luchas, las preocupaciones, los gustos, las ansiedades, las exaltaciones, las depresiones, los sentimientos, los proyectos, los fracasos, la vida, en una palabra, con su tremendo significado de obligación, con sus espinas, con sus rosas, con su melancolía, revienta, brilla, se extingue, en esas páginas piadosamente puestas, como suprema ofrenda de un devoto, ante el ara o sobre el ara. Tanto hemos escrito acerca de Silva, especialmente para quitarle a Bogotá la vergüenza de que todo extranjero de letras preguntara al llegar por el monumento que se hubiera levantado en honor del poeta y no lo hallara, que cuanto con él se relaciona toca en nosotros fibras muy íntimas y nos transporta de manera súbita a las horas de la infancia.

Vivíamos a una cuadra de distancia de la casa de Silva, cuando ocurrió la tragedia. En nuestros ocho años no cabían preocupaciones por las cuestiones poéticas. Era la época en que estábamos dedicados a la geografía, a la aritmética y a la historia sagrada. Pero tan escasa era entonces la información de la prensa sobre los hechos anormales, que el más sencillo acontecimiento constituía un escándalo. Era el tema obligado de todas las conversaciones. ¡Cuál no sería la impresión de la ciudad, cuando se supo que un gran señor, de todo el mundo conocido, aunque no fuera popular, porque la obra de Silva no era apreciada sino por un círculo selecto y restringido, había puesto fin a sus días, como se dijo, con la bala de un revólver viejo!

Por la puerta de nuestra casa pasaba todos los días,

para dirigirse a la suya, José Asunción Silva. De frente no lo vimos nunca. Conversaba un día con Lucas Caballero en la calle, muy cerca de la ventana en donde, como chiquillo curioso, estábamos asomados. Lo veíamos de espaldas, pero sin saber quién era. Cuando se despidió de Lucas Caballero, y éste entró a la casa, le preguntamos con quien había estado hablando. «Con José Asunción Silva». El nombre no nos dijo nada. Podía haber dicho cualquiera otro y habría significado lo mismo. Pero en la mesa, al hablar de él, dijo esta frase que se nos grabó de manera indeleble. «He meditado acerca de algo que me dijo José Asunción en días pasados y que me pareció de un cínico: «¿No es mucha gracia haber quebrado en trescientos mil pesos antes de cumplir treinta años? . . . Es verdad, la frase tiene una filosofía profunda».

No nos interesa precisar, buscando en los diarios las cotizaciones de entonces, a cuánto ascendía, en dólares, la suma. Podía equivaler a cien, a ciento cincuenta, a doscientos mil pesos. En todo caso, para la hora y para la ciudad, algo enorme. Muy poco tiempo después del día al cual se refiere este recuerdo vimos el revuelo de las gentes con motivo del suicidio del poeta. Por las triviales circunstancias apuntadas nos impresionó vivamente. Poniéndole un poquito de imaginación al hecho, pudiéramos decir que casi oímos el disparo Silva fué para nosotros desde ese día, el suicida. Después fué el poeta. Después, el ídolo. Su memoria se nos convirtió en un culto. Hay algo de ro-

mántico, de sentimental, de misterioso, de raro, enredada prendida al muro de la infancia, que nos obliga a devorar literalmente cuanto a él se refiera.

Hemos leído, pues, con ávida curiosidad, el libro que anticipa en el estudiante la revelación de maestro. Aunque parece que nada nuevo puede encontrarse ya en las versiones sobre la vida y sobre la muerte de Silva, bajel insumergible, como el emblema de París, sobre las ondas de todas las interpretaciones, Miramón ha sabido ordenar lo conocido y presentar anécdotas escuchadas a personas de la familia o de la íntima amistad del poeta, con tal método, en forma tan artística, que la vida pasa, rápida y seductoramente, como una novela. Y en la novela, el dolor pungente, la tragedia silenciosa, la angustia, que debían llevarlo, atendidos sus antecedentes y circunstancias, a la muerte.

Miramón estudia lo patológico en la familia de Silva, el carácter, las aventuras, los sentimientos de sus antepasados. Uno de los de su sangre escapó de la vida por las puertas del suicidio. Si dicha tendencia no es hereditaria, sí lo es, recuerda Miramón, que acaba de estudiarlo en los psiquiatras, «cierta tacha nerviosa que exagera las reacciones psíquicas, hasta hacer considerar como irremediables situaciones más o menos penosas». Está bien. Pero en Silva, aparte de lo que jamás podrá saberse, ni lo hubiera podido él mismo, tenían que haber influido, o influyeron, para su determinación fatal, circunstancias de variada índole, todas lógicas, que le quitan el misterio a lo que es cotidiana

ocurrencia entre los que de pronto sienten el torcedor de la angustia.

El medio, la posición social, la elegancia, la extravagancia, la visión artística de los negocios, tan bella, pero tan absurda, como es aprovechable, pero fea, la visión mercantil del arte, y como es común, prosaica, aunque henchida de satisfacciones, la visión del negocio sin arte y con mentira, todo está presentado por Miramón como una serie de eslabones, en la cadena que arrastraba por la tierra el «predilecto de los dioses» antes de sentir, porque debió sentirlo, el impulso del vuelo.

El hombre de pensamiento, el artista, de haberlo puesto a escoger entre diversas actividades mentales o entre diversas obras, habría contestado como Santa Teresita del Niño Jesús: «Escojo todo». Su curiosidad era voraz, su sed de mundo, de letras, de ciencia, inextinguible. Tenía el gusto femenino del lujo. Sentía el llamamiento de las cosas bellas. Pero investigaba, investigaba, lo mismo sobre el origen del hombre, el objeto de la vida, el final destino de la especie, que sobre la cristalización de algunas piedras preciosas, el adorable secreto de un perfume. Amaba a la mujer como mujer, como criatura, como fenómeno y la estudiaba, filosóficamente y sensualmente, atraído por la gracia, pero sin someterse al «viejo enemigo del hombre».

Necesitaba de la riqueza para la vida fastuosa o, sencillamente, para la vida tranquila. Trampas les po-

nía a las monedas, que no caían con la facilidad y con la frecuencia con que caen los ratones. Como en todos los hombres, pero doblada en él la intensidad, pasaba por toda las etapas o todas las estaciones, tan maravillosamente señaladas por Barba Jacob en su «Canción de la vida profunda». La máquina de sufrir, de que habló Sanín Cano, era también una máquina de gozar, o para el goce. Sólo que era indispensable ponerle, entre los cilindros que lo exprimían, la caña dulce, no las retorcidas raíces de donde salía un jugo amargo.

La Bashkirtseff, novia de todos nosotros, los muchachos y los jóvenes del fin del siglo, anticipándose a la Santa de Lisieux, aunque en otro sentido, había escrito: «Para ser feliz necesito TODO. El resto no me basta». Por eso la llamó Barrés: «Nuestra Señora del Perpetuo Deseo». Algo de eso había en Silva. Pero la vida lo iba desilusionando, exasperando, moliendo. Se asomó al materialismo. Sintió en el rostro el hálito mortífero... Se convenció de que la ciencia le recortaba alas a la poesía. Todo lo que se entendía por elación, encantamiento, éxtasis, la ciencia lo reducía a reacciones, secreciones, funcionamiento normal o anormal de algunos órganos. Marchaba hacia el desencanto. Se iba convenciendo de que, como años más tarde lo expresó, insuperablemente, León de Greiff: «Todo no vale nada y el resto vale menos».

Pero de sus meditaciones, de sus experiencias, de sus choques, iban quedando poemas. La métrica en sus

manos se convertía en blanda cera. No vemos en él al revolucionario del idioma que nos pintan, pero sí al anunciador de una nueva sensibilidad, capaz de producir el *frisson* de Baudelaire, feliz iniciador, renovador de metros, que se adueñaba o iba a adueñarse del sentimiento, del corazón, con sus conceptos, sugerencias, palabras opalinas, tonos evanescentes y el definitivo acento trágico, lancinante, tembloroso y terrible del «Nocturno».

Se hacían los versos en él, como en el poema de Ricardo Nieto, donde la inspiración es un nido, del cual vuelan las estrofas como pájaros, que van hacia el azul o hacia el olvido. El poeta es arúspice, es heraldo, se limita a transmitir el mensaje de los seres ocultos, de los genios invisibles. Por él pasan, como por los tubos de un órgano, las notas que le arrancan manos soberanas en lo desconocido. Criaturas somos todos de lo que nunca veremos, sometidos a influencias que ignoramos, imantados en forma que atraemos lo que nos ha de hacer gozar, o sufrir, con afinidades que podemos comprobar, pero no explicar satisfactoriamente. Todos los seres creados somos irresponsables. El libre albedrío es una cómoda invención, que un día hizo pública la vanidad del hombre.

Miramón habla de las influencias en Silva, las discernibles y las sospechadas. Nadie escapa a las influencias de su medio y de su hora, de sus lecturas y de sus conversaciones. Lento o rápido proceso de *nédósmossi*, de *exósmosis*, influímos o somos influídos, sin

saber cuándo, ni por qué, apenas por quién, cuando en severa labor de introspección nos entregamos a «todas las torturas del análisis». Pero más allá de la influencia o las influencias, en lo que es el pensamiento total, el sentimiento, las preferencias, la finalidad de la vida, cierta es la frase, que cita Miramón, del filósofo: «Los hombres, los pobres hombres están solos sobre la tierra».

Solos estamos todos, aunque estemos acompañados. La compañía es de minutos. La soledad está hecha de eternidad y de Dios. Y Dios asusta, cuando dejamos de ser niños, aunque apenas cumplimos sus mandatos, que son todos, porque sólo El conoce nuestro mecanismo. No fuimos nosotros los creadores de nuestros resortes, de nuestras células, de nuestros órganos. Fisiológicamente, se han querido explicar las reacciones, el bien, el mal, la alegría, la tristeza, la conciencia. Hay algo más, lo invisible, lo inasible, lo inaudible, la chispa que puede resistir a la tormenta o que puede apagar una gota de rocío. La chispa, el alma, la señal de Dios no es cosa nuestra. Es el motor que nos hace andar. El combustible nos lo suministran de arriba.

No escapamos a las influencias, impresentidas y a veces no sentidas. Pero no aceptamos como influencia el lejano parecido de unos versos ni la coincidencia pequeña en una rima. Miramón, por ejemplo, al ocuparse de las analogías de Bartrina con nuestro poeta, cita estrofas de cada uno de ellos, que en la idea han podido ocurrírsele a cualquiera, pero que son distintas

en la significación, aunque tengan un movimiento, un timbre, que en cierto sentido las acercan. La idea de Bartrina, de que el más hermoso cuadro del mundo es el techo de la alcoba reflejado en el fondo de los ojos, dicha a una mujer en una linda estrofa, linda es también, pero es sicalíptica. La de Silva, de que en el fondo de la tumba seguirán viendo sus ojos los ojos de la amada, es preciosa, es pura y... es de todos los enomorados. En Julio Flores, en Rivas Frade, en la mayoría de los románticos de aquí, o de cualquiera parte, pueden hallarse estrofas que lo mismo dicen su forma recordable.

No nos interesa, sin embargo, precisar ahora las influencias, escuchar o no en el «Día de difuntos», «Las campanas», de Poe, buscar a Becquer, terciar en la simpática querella que Miramón le promueve a Sanín Cano por lo que el maestro sospecha que al escribir el «Día de difuntos», Silva se acordó de Schiller. Todo está tratado con respeto, con cariño, con inteligencia, en el libro de Miramón, que al hablar de otra influencia y de otra inspiración, la de Elvira, se arrodilla. Ante la amable sombra de la hermana no cuadra sino una oración, no por ella, sino a ella. Fué toda la idealidad, toda la pureza, toda la divinidad de la mujer. ¡Elvira, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre! Y pasando a la Salve, le imploramos: ¡Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos! Ojos esplendorosos, ojos eternos!

* * *

Crisis económica, dolores de familia, desilusiones repetidas, orgullo lastimado, ¿para qué más? Ahí está la ansiedad que un determinado minuto es el tormento más agudo que puede sentir el hombre. En ese minuto puede dar el salto en las tinieblas cualquiera. Sin creencias religiosas o con ellas. Es muy relativo el poder inhibitorio de esas creencias en un hombre nervioso. ¿Y si estaba predestinado? . . . ¿Si apenas se limitó a escuchar el llamamiento de Dios? . . . Nosotros nos inclinamos a pensar, con Silva, que se muere de suicidio como se muere de tifo. Parece un acto de la voluntad, pero acaso es la voluntad lo que mayor falta hace en esa hora. «El suicidio es un acto de contrición perfecta», dijo nuestro filósofo demente, el doctor Arias. Puede ser también la más exacta conclusión de la lógica.

Nos arrimamos a la teoría del doctor López de Mesa, que Miramón rechaza: «Silva murió de muerte natural, en hora oportuna para la madurez de su gloria». La oportunidad se discute. De Silva diplomático, de Silva funcionario, no seguía nada. ¡Que discutan cuantos lo apetezcan! Para nosotros tiene López de Mesa razón cuando afirma que la muerte no fué prematura y cuando, al pensar en la forma, declara bellamente que Silva «devolvió con elegante serenidad el saludo de la Fatalidad insaciable que hacía palide-

cer a los griegos». El no palideció. Predestinado estaba para la elegancia postrera y para la elegancia póstuma. «Primero me verán muerto que pálido», había dicho. Y fué como lo dijo.

Lo único que no nos entusiasma en Silva es la aparición del aspirante a ministro, que en cláusulas insignes hace el elogio de Núñez y de Caro. Muy bien el elogio de cualquiera de ellos, o el de ambos, en otras circunstancias. A la caza de una promoción, o de la conservación en el puesto, es humano, pero no es de artista. Lo que seguía en Silva era eso, o era el industrial ya bien aconsejado, con algunos poemas, con algunos cuentos, con una novela mejor que «Sobremesa». Muy poco para quien ya tenía sobre las sienas los laureles del «Nocturno». Todos entendimos mejor, o sentimos más hondamente, el poema inmortal, y todos lo entienden y lo sienten ahora de ese modo, con el autor en la tumba. Ya que «no se es poeta impunemente», para la gloria sirve la ausencia. Como se acepta, ante ese caso, la definición melancólica: «La gloria es el sol de los muertos»!

La muerte de Silva se estrelló contra las paredes del abismo, después de haber volado y chocado muchas veces, en sus aristas salientes, como un insecto loco. Y murió de muerte natural, tan natural como el suicidio, murió de muerte, como dice la Biblia, o murió de la vida. Alguien nos dijo, olvidamos la ocasión, esta sentencia: «¡Es que la vida mata!». Y lo que sigue resucita. Nosotros fuimos los felices reali-

zadores de un sueño de todos sus amigos. Iniciamos una suscripción popular, compramos con ella el busto que en mármol había tallado Ramón Barba, escogimos el sitio en el Parque de Santander, hicimos erigir el monumento, y se lo entregamos al municipio en un discurso donde glorificamos al poeta.

Pero mejor, para la vida de éste en el recuerdo, es una obra como la de Miramón, en donde los errores de expresión y los conceptos equivocados, que anotamos para referencia íntima, están ampliamente compensados por la piedad y por el entusiasmo con que se acercó a la magna figura, cuyo solo nombre confiere a Bogotá un tono de distinción y pone en su cielo un gris de melancolía que valen más que el llamear de los pendones y que el mediodía bullicioso de las ciudades industriales.